

palabras, que aun la teoría más irracionalista recurre al uso del Intelecto para poder comunicarse —la articulación precisa es tan necesaria a ésta como a cualquiera otra.

Tiene por consiguiente el Intelecto la responsabilidad de mantener intactas las normas y procedimientos que le caracterizan, de forma tal que pueda salir airoso en una prueba con sus enemigos. Pues el Intelecto —ese gran legado de la Cultura Occidental— se nutre precisamente del argumento y de la libre discusión, y su existencia es amenazada cuando, en nombre del arte, la ciencia y la filantropía, se recurre a la destrucción de sus cimientos.

MANUEL MALDONADO DENIS,
Universidad de Puerto Rico.

E. STRAUSS, *Common Sense About the Common Market*, Nueva York: Rinehart & Co., 1959, 168 págs.

Durante la guerra de Crimea, un general inglés, perdido en las glorias del pasado, seguía refiriéndose al enemigo como "los franceses", en lugar de los rusos con los que actualmente estaban en guerra. Tal parece que el señor Strauss se ve movido a recordar esta anécdota en su *Common Sense About the Common Market* debido a un sentimiento, no admitido, de que él ha sido víctima de un complejo similar. Cuando él habla del enemigo en 1959, habla de los alemanes en vez de los rusos y los describe, a base de las líneas tradicionales, como rudos, arrogantes, reaccionarios y dóciles. Aun en las instancias en que los alaba, deja al lector un sabor de que es todo lo contrario, como cuando llama a la Alemania de Adenauer y Ehrhard "un aliado extremadamente molesto" del mundo occidental. "Esto no se ha debido al ejercicio de los vicios políticos tradicionales —falta de tacto, arrogancia y egotismo nacional inhibido. Por lo contrario, la política alemana ha sido, como un todo, extremadamente hábil, conciliatoria y cooperadora, pero esto no ha eliminado la dificultad básica de la situación" (pág. 10).

La dificultad básica, de acuerdo con Strauss, es que Alemania simplemente ha cambiado su táctica. Su fin es aún el mismo —la expansión, pero, en vez de utilizar las bombas atómicas como arma, utiliza el Mercado Común, el cual, inevitablemente ha de conducir a una Europa bajo la dominación alemana, a menos que los países aliados de la Segunda Guerra no conserven su sentido común.

Para sostener esta tesis, el señor Strauss cita al predecesor del Mer-

cado Común en el siglo 19: el famoso *Zollverein* alemán. Al igual que la actual Alemania Occidental, así también Rusia perseguía su fin imperialista por medios económicos en vez de militares. Bajo su liderazgo, se abolieron cerca de 1,800 fronteras aduaneras, entre los años de 1818 a 1871, preparando así el terreno para la unidad económica de Alemania, así como para la unidad política de la propia Prusia. Aunque el Sr. Strauss considera la división económica que precedió al *Zollverein* como grotesca y funesta, presenta su cancelación por parte de Prusia como una acción reaccionaria. Y, aunque admite que los "30 singulares años del *Zollverein* fueren un período de rápido crecimiento económico en Alemania, la cual evolucionó de una sociedad agrícola atrasada tecnológicamente, a uno de los estados industriales más importantes" (pág. 28), unas líneas más adelante llama la labor de ese mismo *Zollverein* como "un estancamiento que se prolongó por más de 30 años". Todo lo cual dificulta el que el sentido común logre orientarse adecuadamente. ¿Fue el Mercado Común Alemán del siglo 19 reaccionario o progresista? ¿Fue crecimiento económico o estancamiento? ¿Es un ejemplo a seguirse o a evadirse?

Debido a que el Sr. Strauss desea que se evada, necesariamente adopta la línea de pensamiento seguida por otros analistas del *Zollverein* y lo presenta como un instrumento del imperialismo prusiano. En realidad, el *Zollverein* no era nada parecido. Era un excelente logro de negociaciones comerciales pacientes, el cual, en el término de 50 años, resultó en la conclusión de no menos de 92 tratados de uniones aduaneras entre sus miembros, para no hacer mención de la gran cantidad de acuerdos pedantesamente negociados con el propósito de armonizar la multitud de diversos impuestos, pesas, medidas, y sistemas monetarios de los estados participantes. Durante todo este período, Prusia, uno de los poderes europeos más importantes desde el siglo 18, pudo haber vencido a la mayoría de los estados alemanes usando la fuerza, en un período de dos semanas, si lo hubiese deseado; y pudo haber creado una Alemania unificada, que había surgido en 1871, o sea, 50 años antes.

Lo que el *Zollverein* perseguía era la unidad comercial, no la política. Como instrumento político era algo más que inapropiado. Su creación estaba basada en fines opuestos —el mantenimiento de la soberanía de los miembros individuales. Esto explica el porqué se convirtió en un modelo tan popular entre los estados pequeños, los cuales como Luxemburgo, Liechtenstein, San Marino, Mónaco, o algunos de los miembros de la aún floreciente Unión Aduanera de Sur África, se unieron al territorio económico de sus vecinos, no para preparar sino para prevenir la absorción política. Cada tratado dentro del *Zollverein* estaba sujeto a una cláusula al efecto. Cuando Prusia quiso anexar po-

líticamente a Hanover, uno de los miembros de su mercado común, el *Zollverein* se convirtió en un impedimento ya que los de Hanover no obtenían ninguna ventaja adicional a las ofrecidas por la Unión económica. Para poder lograr sus propósitos, Prusia recurrió a la guerra. Y fue la guerra y no el *Zollverein* la que preparó y produjo la unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia en 1871. Una evaluación del desarrollo de Alemania debe pues, distinguir entre dos movimientos concurrentes, pero opuestos en sus fines; uno para unificación económica y otro para unificación política. El primero con intereses particulares y el segundo con intereses imperialistas. Pero el hecho de que fuesen contemporáneos no los hizo una parte del otro al igual que sucedió con la existencias de los conservadores ingleses y sus opositores. Sin embargo, el señor Strauss demuestra una vez más que existe confusión entre tiempo y causa en el caso de las uniones aduaneras actualmente, poniendo en duda el valor del tipo internacional de asociación que no interviene con el status político de sus miembros. Este tipo de organización causó la ruina del proyecto austríaco-alemán de uniones aduaneras de 1931, el cual, de haberse realizado, hubiese salvado el mundo de Hitler, pero cuya prohibición trajo consigo todo lo que se intentaba evadir: la anexión política, el imperialismo, y la guerra.

Esto no quiere decir que Alemania no aspire a alcanzar de nuevo un rol predominante en los asuntos europeos y mundiales. Ya lo está haciendo. Pero como Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y China comparten esas aspiraciones, hay muy poca razón para temer que surjan tendencias que son típicas del exceso de poder y no de Alemania como se cree. Tampoco quiere decir que Alemania no ganará con el Mercado Común. Es seguro que sí. Pero también se beneficiarán los demás miembros, al igual que en un restaurante en el cual no sólo se beneficia el dueño que es quien obtiene el dinero, sino también los clientes que obtienen a cambio la comida. Lo que sí quiere decir es que el mercado común, al igual que el *Zollverein* en el caso de Prusia, no servirá a los intereses políticos de Alemania. Más que todo, no habrá de extender la unión hacia áreas políticas indeseables. A pesar de todo esto, el señor Strauss considera las oportunidades en una forma pesimista, al igual que los expertos consideraron las oportunidades de la revolución comunista o de la habilidad de los egipcios para enviar embarcaciones a través del Canal de Suez. Luego de prevenirnos sobre las ventajas económicas de Alemania, aunque acepta que las fuerzas primordiales bajo el nuevo orden fueron belgas y francesas, los alemanes con ventajas en cuanto a concesiones conciliatorias y los franceses en cuanto a demandas exorbitantes, predice que las regiones atrasadas dentro de la nueva comunidad se tornarán cada vez más atrasadas al verse en competencia con otras economías más desarrolladas. Como evidencia, nos

cita al sur de Italia, el cual no ha ganado nada de su asociación con la parte industrial del Norte.

Si estos argumentos fuesen válidos, resultaría acertado desmembrar no tan sólo al Mercado Común, lo cual complacería al señor Strauss, sino también a Italia y aún a la Gran Bretaña, en vista de las quejas de los galeses de que su alianza con Inglaterra sólo ha contribuido a retrasar la economía. Aunque, personalmente, simpatizo con la idea de unidades sociales pequeñas, hay que dar crédito al Mercado Común por haber establecido, como uno de sus órganos adjuntos, un Banco de Inversiones, cuyo fin es el de reconstruir las áreas subdesarrolladas. Pero aún sin tal agencia, los mercados comunes siempre han irradiado sus beneficios desde sus regiones industriales centrales. No sólo Prusia se benefició del *Zollverein*, sino que también se beneficiaron los ducados sajones y los estados del sur de Alemania. Y ¿qué diremos de los enormes beneficios derivados por Puerto Rico de su mercado común con los Estados Unidos, si los comparamos con los pobres adelantos de otros países sudamericanos que no están en tal forma asociados?

El señor Strauss levanta otras objeciones relacionadas con el libre cambio y la estabilidad cíclica. Mantiene que, en lugar de liberalizar el mercado, el Mercado Común creará un área gigante de proteccionismo frente al resto del mundo, refiriéndose otra vez al *Zollverein* como un ejemplo a evitar. Lo que él pasa por alto es el hecho de que, luego de las restricciones normales de un período de ajuste, Prusia llegó a ser, en 1860, cuando el *Zollverein* estaba en pleno desarrollo, uno de los líderes del movimiento de libre cambio al negociar un tratado comercial de largo alcance con Francia. Él teme que un mercado más amplio, con una movilidad total de productos y mano de obra, será menos, en vez de más estable. Los miembros más poderosos, en tiempos de recesión exportarán su desempleo, en lugar de asegurar el empleo.

Me inclino a estar de acuerdo con esta idea por diferentes razones, ya que los mercados en período de expansión han demostrado una propensión por aumentar su inestabilidad a medida que van creciendo. Pero si el señor Strauss opina lo mismo del Mercado Común (lógicamente debería abogar por el retorno al particularismo económico también en los casos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, o el *Commonwealth*).

La razón por la cual no lo hace es simple. El peligro a que hay que temer es Alemania y él usa sus argumentos más que como un economista, como un abogado para ganar un caso. Por esto, no aplica los principios que enumera contra el Mercado Común a otras economías de gran extensión. Pero ésta es también la razón por la cual son poco convincentes al aplicarse al Mercado Común. El mejor argumento hubiese

sido que el Mercado Común, más que peligroso, es innecesario, ya que "parece probable que, para la mayoría de las industrias, los mercados domésticos de los países participantes sean suficientes para que se cosechen los beneficios de las técnicas de producción en masa". Pero él no ha usado este punto. Éste fue discutido, en forma un tanto confusa, en el *Monthly Review* (abril de 1959) del Banco de Reserva Federal de Nueva York, el cual parecía temer no a la caída del Mercado Común sino a la posibilidad de que éste triunfara en forma definitiva.

A pesar de su exposición prejuiciada, el libro es, paradójicamente, una contribución valiosa a la literatura de los mercados comunes, y hay que felicitar a Rinehart y Cía. por haberlo puesto a la disposición de los lectores americanos. Está extraordinariamente bien escrito. Lleva, además, información muy valiosa tanto para el análisis histórico del *Zollverein* como para el análisis de las fuerzas contemporáneas que han conducido al Mercado Común. La evidencia presentada por el autor para sustentar su caso, determinada de principio a fin por racionalizaciones de lo que se desea, está tan perfectamente expuesta y organizada, que permite, al mismo tiempo, observar un cuadro claro de lo que él sostiene. Más aún, cuando pasa de sus sospechas de los alemanes a un análisis de la posición de Inglaterra, sus sugerencias se tornan tan claras y eficaces que el lector lamenta que el resto del libro esté tan dedicado a propulsar los sentimientos personales y nacionales. También es de lamentarse la ausencia de mapas en un trabajo que entiende con la geografía económica y política, y la ausencia de los textos completos de los acuerdos del Mercado Común, aunque se proveen excelentes resúmenes.

Su consejo final, dirigido a Gran Bretaña, cuya ausencia de participación en el Mercado Común es racionalizada en el libro, es en relación a que ésta debe renunciar a seguir preparando los dados a su favor, a base de "la pretensión de un tratamiento estrictamente antidiscriminatorio", y aplicar un poco la técnica alemana de toma y dame, que en otro lugar él presenta como la medida fundamental del imperialismo de la Alemania Occidental, bajo el engañoso liderato de Adenauer y el "inevitable" Dr. Erhard.

LEOPOLD KHOR,
Universidad de Puerto Rico.

RONALD M. SCHNEIDER, *Communism in Guatemala, 1944-1954*, Nueva York: Frederick A. Praeger, 1959. 350 págs.

El estudio número 7 preparado para The Foreign Policy Research Institute, de la Universidad de Pennsylvania, constituye un análisis de